

con él, y murió dejando á los contrarios admirados de su virtud. Aun fue mas admirable la hija de Caton, que no cedia al padre ni en modestia ni en valor. Estaba casada con Bruto, el que mató á César; tuvo parte con él en aquella conjuracion, y se quitó la vida de un modo digno de su linage y de tanta virtud, como en la vida de Bruto lo dejamos escrito. Estatilio, aquel que queria imitar á Caton, entonces fue detenido por los filósofos para que no se diese muerte como intentaba; pero despues, habiéndose mostrado muy fiel y muy util á Bruto, murió con él en la batalla de Filipos.

No dejan de proceder con razon y tino los que aplican á los ansiosos de gloria la fábula de Ixion, que abrazó á una nube en lugar de Juno, y de aquel congreso nacieron los Centauros; porque tambien aquellos, abrazando la gloria como una imagen de la virtud, no hacen nada fijo y determinado, sino cosas bastardas y confusas, llevados ora á una parte y ora á otra, siguiendo los deseos y las pasiones ajenas, á manera de lo que los baqueros de Sofocles dicen de sus manadas:

Siendo de estos los amos, les servimos;

Y aunque callan, es fuerza hacer su gusto; que es lo que en realidad les sucede á los que gobiernan segun los deseos y caprichos de la muchedumbre, sirviendo y complaciendo para que los llamen demagogos y magistrados; porque á la manera que los que hacen la maniobra en la proa de la nave ven las cosas que se presentan delante antes que el piloto, y sin embargo vuelven la vista á él y hacen lo que les mandá, de la misma suerte los que gobiernan y atienden á la gloria, solo son sirvientes y criados de la muchedumbre, aunque tengan el nombre de gobernadores.

Porque el que es consumado y perfectamente bueno ha de saber pasarse sin la gloria, como no sea en cuanto sirve de apoyo para los hechos por la confianza que da. Al que empieza y siente los estímulos de la ambicion se le ha de permitir el envanecerse y jactarse hasta cierto punto con la gloria que resulta de las acciones distinguidas; porque las virtudes que nacen y empiezan á arrojar pimpollos en los que son de esta índole, y sus buenas disposiciones, se fortifican, como dice Teofrasto, con las alabanzas, y crecen para en adelante á la par de su noble engreimiento; pero lo demasiado, si siempre es peligroso,

en la ambicion de mando es una absoluta perdicion. Porque conduce á una manía y á un enagenamiento manifesto á los que llegan á conseguir un gran poder cuando quieren, no que lo honesto sea glorioso, sino que lo glorioso sea precisamente honesto. A la manera pues que Focion á Antipatro, que queria de él una cosa menos honesta, le respondió que no podia Focion ser á un mismo tiempo su amigo y su adulador: esto mismo ó cosa semejante se ha de decir á la muchedumbre: no puede ser que tengais á uno mismo por gobernador y por sirviente. Porque sucede de este modo lo que al dragon, del que cuenta la fábula que la cola movió pleito á la cabeza, porque queria guiar alternativamente y á las veces, y no siempre seguir á esta; y habiéndose puesto á guiar, ella misma se estropeó por no saber conducir, y lastimó á la cabeza, precisada á seguir contra el orden de naturaleza á una parte ciega y sorda; y esto mismo es lo que hemos visto suceder á muchos que quisieron hacerlo todo en el gobierno á gusto de la muchedumbre; pues que habiéndose puesto en la dependencia de esta, que se conduce á ciegas, no pudieron despues corregir ó contener el desorden. Hanos dado ocasion para hablar asi de la fama y gloria que viene de la muchedumbre el haber inferido cuánto es su poder de lo que á Tiberio y Cayo Gracos les sucedió. Eran de excelente carácter, habian sido muy bien educados, se propusieron el mejor objeto al entrar en el gobierno; y sin embargo los perdió, no tanto un deseo desmedido de gloria, como el miedo de caer de ella, nacido de una noble causa. Porque habiendo merecido grande amor á sus conciudadanos, tuvieron vergüenza de no continuar, como si hubieran contraido una deuda; y mientras se esfuerzan á sobrepujar siempre con disposiciones útiles los honores que se les dispensan, y son mas honrados quanto mas gobiernan á gusto de

la muchedumbre, inflamándose á sí mismos con igual pasion respecto del pueblo, y al pueblo respecto de sí, no echaron de ver que habian llegado á punto de no tener ya lugar, lo que suele decirse:

Si no es bueno, en dejarlo no hay vergüenza; lo que tú mismo comprenderás por la narracion. Comparámosles una pareja Espartana de demagogos, que son los dos reyes Agis y Cleomenes: pues tambien estos, dando mas poder al pueblo como aquellos, y restableciendo un gobierno equitativo y bueno, pero desusado largo tiempo, de la misma manera ofendieron á los poderosos, que no querian perder punto de su codicia. No eran hermanos los dos Lacedemonios; pero siguieron un modo de gobernar muy pariente y aun hermano, comenzando de este principio.

Desde que se introdujo en la república la estimación del oro y de la plata, y á la posesion de la riqueza se siguieron la codicia y la avaricia, y al uso y disfrute de ella el lujo y la delicadeza, Esparta decayó de su lustre y su poder, y yació en una obscuridad nada correspondiente á sus principios, hasta los tiempos en que reinaron Agis y Leonidas. Era Agis Enrutionida hijo de Eudamidas, y sexto desde Agesilao, el que invadió el Asia y alcanzó el mayor poder entre los Griegos; porque de Agesilao fue hijo Arquidamo, el que fue muerto por los Mesapios junto á Mandurio de la Italia. De Arquidamo fue primogénito Agis, y segundo Eudamidas, que sucedió en el reino, muerto sin hijos Agis por Antipatro en Megalópolis. De este Arquidamo; de Arquidamo otro Eudamidas; y de Eudamidas este Agis, cuya vida escribimos. Leonidas el de Cleonuma era Agiade de la otra casa reinante, y el octavo desde Pausanias, el que venció á Mardonio en la batalla de Platea; porque de Pausanias fue hijo Plistonacte; y de Plistonacte Pausanias, que de

Lacedemonia huyó á Tegea, y por su fuga reinó su hijo mayor Agesipolis; y muerto este sin hijos, el segundo que era Cleombroto. De Cleombroto fueron hijos otro Agesipolis y Cleomenes; de los cuales Agesipolis ni reinó largo tiempo, ni dejó hijos: por tanto reinó despues de él Cleomenes, que en vida perdió á Acrotato el mayor de sus hijos, dejando otro llamado Cleomimo, que no reinó, sino Areo, nieto de Cleomenes é hijo de Acrotato. Muerto Areo en Corinto, obtuvo el reino su hijo Acrotato, que fue vencido y muerto junto á Megalopolis por el tirano Aristodemo, dejando en cinta á su muger. Nació un niño varón, cuya tutela tuvo Leonidas, hijo de Cleonimo; y despues muerto el pupilo en la menor edad, de este modo se le desirió el reino. No era Leonidas muy del gusto de sus conciudadanos; pues aunque todos igualmente habian degenerado por la corrupcion de su primer gobierno, se observaba en Leonidas un desvío mas manifiesto de las costumbres patrias, como que habia pasado largo tiempo en las cortes de los Sátrapas, y habia hecho obsequios y rendimientos á Seleuco, y queria ademas sin gran discernimiento hacer compatible aquel lujo y aquel fausto con las costumbres Griegas, y con un modo de reinar sujeto á leyes.

Agis pues en bondad de carácter y en magnanimidad se aventajaba tanto, no solo á este, sino quizá á todos los que habian reinado despues de Agesilao, que sin embargo de haberse criado en la abundancia y en el regalo y delicadeza de las mugeres, siendo su madre Agesistrata y su abuela Arquidamia las que mas riquezas poseian entre los Lacedemonios, aun no habia cumplido los veinte años cuando al punto se declaró contra todos los placeres; y renunciando á todo lujo, para no conceder nada á la gracia de la figura con quitar lo que parece un inútil ornato del cuerpo, empezó á hacer gala de la capa

Espartana, y á gustar de las comidas, de los baños y del modo de vivir Laconicos, diciendo que en nada tenia el reino, si por él no recobraba las antiguas leyes y las costumbres patrias.

El principio de la corrupcion y decadencia de la república de los Lacedemonios casi ha de tomarse desde que destruyendo el imperio de los Atenieses, comenzaron á abundar en oro y en plata. Con todo, habiendo establecido Licurgo que no se introdujese confusion en la sucesion de las casas, y dejando en consecuencia el padre al hijo su suerte, puede decirse que esta disposicion y la igualdad que ella mantuvo preservaron á la república de otros males; pero siendo Eforo un hombre poderoso y de carácter obstinado y duro, llamado Epitadeo, por disensiones que habia tenido con su hijo, escribió una retracta, por la cual era permitido á todo ciudadano dar su suerte en vida á quien quisiese, ó dejársela por testamento. Este pues para satisfacer su propio enojo propuso la ley; pero los demas ciudadanos, admirándola y confirmándola por codicia, destruyeron uno de los mas sabios establecimientos. Porque los poderosos adquirieron ya sin medida, arrojando de sus suertes á los que les alindaban; y bien presto reducidas las haciendas á pocos poseedores, no se vió en la ciudad mas que pobreza, la cual desterró las ocupaciones honestas, introduciendo las que no lo son, juntamente con la envidia y el odio á los que eran ricos. Asi es que no habrian quedado mas que unos setecientos Esparciatas, y de estos acaso ciento solamente eran los que poseian tierras y suertes, y todos los demas no eran mas que una muchedumbre obscura y miserable, que en las guerras exteriores defendia á la república tibia y flojamente, y en casa

Es sabido que los Lacedemonios daban este nombre á sus leyes.

siempre estaba en acecho de ocasion oportuna para la mudanza y trastorno del gobierno.

Por esta razon reputando Agis conato muy laudable, como en realidad lo era, el de restablecer la igualdad y llenar la ciudad de habitantes, empezó á tantear los ánimos de los ciudadanos; y lo que es los jóvenes se le manifestaron prontos mas allá de su esperanza, revistiéndose de virtud y mudando de método de vida, como pudieran hacerlo de un vestido, por amor á la libertad. De los ancianos lo mas, estando ya envejecidos en la corrupcion, como esclavos fugitivos que van á ser presentados á su señor, temblaban á la idea de Licurgo, y se volvían contra Agis, que se lamentaba del estado presente de la república, y echaba de menos la antigua dignidad de Esparta. Lisandro, hijo de Libis, y Mandroclidas de Ecfanes, y con ellos Agesilao, entraban gustosos en sus nobles designios, y le incitaban á la ejecucion. Lisandro gozaba de la mayor reputacion entre los ciudadanos; Mandroclides era el mas diestro de los Griegos en el manejo de los negocios; y con esta habilidad juntaba la osadía y el no desdeñar, cuando eran menester, el artificio y el engaño. Agesilao era tio del Rey, hombre elocuente, aunque por otra parte flojo y codicioso; mas no se dudaba que á este quien le movia y aguijoneaba era su hijo Hipomedonte, mozo acreditado en muchas guerras y de grande influjo, por tener á todos los jóvenes de su parte; pero la causa principal que incitaba á Agesilao á tomar parte en lo que se traia entre manos eran sus muchas deudas, de las que esperaba quedar libre con la mudanza de gobierno. Por tanto apenas Agis lo atrajo á su partido, lo encontró dispuesto á procurar de consuno persuadir á su madre, que era hermana de este, y que por la muchedumbre de sus colonos, de sus amigos y sus deudores gozaba del ma-

yor poder en la ciudad, y tenia grande intervencion en los negocios públicos.

Al oír esta la proposicion se asustó por lo pronto, pareciéndole que las cosas que Agis meditaba no eran ni convenientes ni posibles; pero tranquilizándola por una parte Agesilao con decirle que el proyecto era laudable y saldria bien, y rogándole por otra el Rey que no antepusiese los intereses á su honor y su gloria; pues que en riqueza no podia igualarse con los otros reyes, cuando los criados de los Sátrapas y los esclavos de los procuradores de Tolomeo y Seleuco poseian mas hacienda que todos los reyes de Esparta juntos; mas si oponiendo al lujo de estos la moderacion, la sencillez y la magnanimidad, restableciese entre sus ciudadanos la igualdad y comunión de bienes, adquiriria nombre y gloria de un Rey verdaderamente grande; de tal manera cambiaron aquellas mugeres de opinion, inflamadas por la ambicion de este jóven, y tan arrebatadas se sintieron como por una inspiracion hácia la virtud, que ellas mismas incitaban ya y estimulaban á Agis, y enviaban quien exhortara á los amigos, y quien hablara á las demas mugeres; mayormente sabiendo que los Lacedemonios son mandados por estas mas que otros algunos, y que mas que sus negocios privados, comunican con ellas los negocios públicos. Pertenecia entonces á las mugeres la mayor parte de las riquezas, y esto era lo que mayores dificultades y estorbos oponia á los intentos de Agis; pues tenia por contrarias á las mugeres, á causa de que iban á decaer de su lujo, en el que por falta de virtudes tenían puesta su felicidad, y de que veian ademas desvanecerseles el honor y consideracion de que disfrutaban por ser ricas. Dirigiéndose por tanto á Leonidas, le estimulaban á que pues era el mas antiguo, contuviera á Agis, y estorbára lo que se intentaba,

y lo que es Leonidas queria ponerse de parte de los ricos; pero temiendo al pueblo inclinado á la mudanza, no se atrevia á oponerse abiertamente, y solo á escondidas ponía por obra todos los medios de desacreditar y desbaratar lo comenzado, hablando á los magistrados y sembrando sospechas contra Agis; como que por premio de tiranía alargaba á los pobres los bienes de los ricos; y con el reparto de tierras y la abolicion de las deudas queria comprar satélites y guardias para sí, no ciudadanos para Esparta.

A pesar de esto, habiendo proporcionado Agis que Lisandro fuese nombrado Eforo, pasó inmediatamente una retra suya á los ancianos, cuyos capítulos eran: que los deudores quedarian libres de sus deudas; que se dividiría el territorio, y de la tierra que hay desde el barranco de Pelenes al Taigeto, á Malea y á Selasia se formarian cuatro mil y quinientas suertes, y de la que cae fuera de esta línea quince mil, y esta se repartiría entre los colonos que pudieran llevar armas, y la de dentro de la línea entre los mismos Esparciatas; que el número de estos se completaria con aquellos colonos y forasteros que se recomendasen por su figura y su educacion liberal, y que estando en buena edad tuviesen la conveniente robustez; y finalmente que estos nuevos Esparciatas se dividirían en quince mesas ó banquetes de doscientos á cuatrocientos, observando el mismo método de vida que sus progenitores.

Propuesta la retra, los ancianos no pudieron convenirse en un mismo dictámen; por lo que Lisandro convocó á junta, en la cual habló á los ciudadanos, y Mandroclidas y Aguilao les rogaron que por unos cuantos hombres dados al regalo no miraran con desden el restablecimiento de la dignidad de Esparta, sino que trajeran á la memoria los oráculos antiguos, en que se les prevenia se guardarán de la codicia que

habia de ser la ruina de Esparta, y el que recientemente les habia venido de Pasifae. El templo y oráculo de Pasifae existía en Talamias; y dicen algunos que esta era una de las Atlantidas nacida de Júpiter, la cual habia sido madre de Amon; otros que la hija de Priamo Casandra, que allí habia fallecido, y que por revelar á todos sus vaticinios se llamaba Pasifae: pero Tilarco escribe haber sido la hija de Amiclas llamada Dafne; la que huyendo de Apolo, que queria violentarla, se convirtió en planta, tenida en aprecio por el Dios, y dotada con la virtud profética. Refiérese pues que tambien los vaticinios de esta ninfa habian ordenado á los Esparciatas que vivieran en igualdad, segun la ley que al principio les habia dado Licurgo. Finalmente, pareciendo en medio el Rey Agis, les hizo un breve discurso, diciendo que para el gobierno que establecia no contribuia con poco, pues ofrecia y presentaba toda su hacienda, que era cuantiosa en campos y en ganados, y sin esto montaba en dinero á seiscientos talentos; y lo mismo hacian su madre y abuela, y sus amigos y deudos, que eran los mas acaudalados de los Esparciatas.

Dejó pasmado al pueblo la magnanimidad de este jóven, y se mostraba muy contento porque al cabo de unos trescientos años habia parecido un Rey digno de Esparta; pero Leonidas se creyó por lo mismo mas obligado á hacer oposicion, echando la cuenta de que le habia de ser preciso hacer otro tanto sin que los ciudadanos se lo agradecieran igualmente; porque sucederia que sin embargo de poner todos y cada uno cuanto tenian, el honor seria solamente para el que habia comenzado. Preguntó pues á Agis si entendia que Licurgo habia sido un varón justo y zeloso? y como dijese que sí: pues cómo, le replicó, no hizo Licurgo aboliciones de deudas, ni admitió á los extrangeros á la ciudadanía, ni creyó que podria estar bien constituida la república que

no diése la exclusiva á los forasteros? Mas respondió Agis que no se maravillaba de que Leonidas, criado en tierra extraña y padre de hijos nacidos de matrimonios contraidos con hijas de Sátrapas, desconociera á Licurgo, el cual juntamente con el dinero habia desterrado de la ciudad el tomar y el dar á logro; y con mas odio que á los forasteros de otras ciudades miraba á los que en Esparta desdecian de los demas en su modo de pensar y en su método de vida. Porque si no dió acogida á aquellos, no fue por hacer guerra á sus personas, sino temiendo su conducta y sus modales, no fuera que fundidos con sus ciudadanos engendraran en ellos el amor al regalo, la molicie y la codicia; y así era que Terpandro, Tales y Ferecides, con ser extrangeros habian recibido los mayores honores en Esparta, á causa de que en sus versos y en sus discursos conformaban enteramente con Licurgo. Tú mismo, le dijo, alabas á Ecrepes, porque siendo Eforo cortó con la azuela dos de las nueve cuerdas del místico Frinides, y tambien á los que hicieron otro tanto despues con Timoteo; y de mí te ofendes porque quiero desterrar de Esparta el regalo, el lujo y la vana ostentacion; como si aquellos no se hubieran propuesto quitar en la música lo superfluo y excesivo para que no llegáramos á este extremo de que el desorden y abandono en la conducta y usos de cada uno hayan hecho una república disonante y disconforme consigo misma.

En consecuencia de esto la muchedumbre se decidió por Agis; pero los ricos rogaban á Leonidas que no los abandonase, y lo mismo á los ancianos, cuya autoridad tomaba la principal fuerza de haber de preceder su dictamen: así que, con las súplicas y las persuasiones alcanzaron por fin que ganaran por un voto los que desaprobaban la retra. Mas Lisandro, que todavía conservaba su cargo, se propu-

so perseguir á Leonidas, valiéndose de una ley antigua que prohibia que un Heraclida tuviera hijos en muger extrangerá; y al que salia de Esparta para trasladar su domicilio á otro estado, le imponia pena de muerte. Acerca de esto instruyó á otros, y él con sus colegas se puso á observar la señal. Redúcese esta práctica á lo siguiente: de nueve en nueve años escogen los Eforos una noche del todo serena y sin luna; siéntanse y se estan callados mirando al cielo; y si una estrella pasa de una parte á otra, juzgan que los reyes han faltado en las cosas de religion, y los suspenden de la autoridad hasta que viene de Delfos ó de Olimpia un oráculo favorable á los reyes suspensos. Diciendo pues Lisandro que él habia visto la señal, puso en juicio á Leonidas, y presentó testigos que declararon haber tenido dos hijos en una muger Asiática, que le habia sido ofrecida en matrimonio por un subalterno de Seleuco, con quien habitaba; y que odiado y mal visto de la muger, habia vuelto á Esparta contra su anterior propósito, y habia ocupado el reino, que carecia de sucesor; y al mismo tiempo de moverle esta causa persuadió á Cleombroto que reclamara el trono por ser de la familia real, aunque era tambien yerno de Leonidas. Concibió este gran temor, y se refugió al Calcieco, que era un templo de Minerva, donde acudió asimismo á suplicar por él la hija, dejando á Cleombroto. Llamado pues á juicio, como no compareciese, lo dieron por decaído del reino, y lo adjudicaron al yerno.

Salió en tanto de su cargo Lisandro por haberse cumplido el tiempo, y los Eforos entonces nombrados restablecieron á Leonidas, que lo solicitó; y á Lisandro y Mandroclidas les formaron causa por haber decretado fuera de ley la abolicion de las deudas y el repartimiento de tierras. Viéndose estos en peligro, persuadieron á los reyes que poniéndose de

acuerdo no hicieran cuenta de las determinaciones de los Eforos; porque las facultades de estos solo se ejercitaban en la discordia de los reyes para agregar su voto al de aquel cuya opinion era mas acertada, cuando el otro se oponia á lo que pedia el bien público; pero cuando los dos reyes estaban conformes, su autoridad era irrevocable, y era contra ley el oponérseles: asi que, como les era concedido á los Eforos interponerse y dirimir sus discordias cuando altercaban, les era vedado estorbarlos cuando sentian de un mismo modo. Persuadidos ambos de esto, bajaron á la plaza con sus amigos, é hicieron levantar de sus sillas á los Eforos, nombrando en su lugar otros, de los que era uno Agesilao. Armaron en seguida á muchos de los jóvenes, y dando libertad á los que habian sido puestos en prision, se hicieron temibles á los contrarios, pareciendo que iba á haber muchas muertes; pero no dieron muerte á nadie; y antes bien queriendo Agesilao atentar contra Leonidas, que salia para Tegea, enviando gentes al camino contra él, Agis, que llegó á entenderlo, envió otras personas de su confianza que protegiendo á Leonidas le condujeran á Tegea con toda seguridad.

Cuando las cosas iban asi por su camino, sin que nadie contradijese ú opusiese el menor obstáculo, Agesilao solo lo trastornó y desbarató todo, echando por tierra la ley mas sabia y mas Espartana, llevado de la mas ruin y baja de todas las pasiones, que es la codicia de riqueza. Pues como poseyese muchos y muy fructíferos terrenos, y por otra parte estuviese agoviado de enormes deudas, no pudiendo pagar estas, y no queriendo desprenderse de aquellos, hizo creer á Agis que si ambas cosas se proponian á un tiempo, seria grande la inquietud que habria en la ciudad; mas si con la abolicion de las deudas se lisonjeaba antes un poco á los propietarios, despues

recibirian sin alboroto y con menor disgusto el repartimiento de los terrenos; y en este mismo pensamiento entró Lisandro, seducido igualmente por Agesilao. Pusiéronse pues en la plaza en un rintero los vales de los deudores, á los que se daba el nombre de *Claria*, y se les dió fuego. No bien empezaron á arder cuando los ricos y los que hacian el cambio se retiraron no sin gran pesadumbre; pero Agesilao en tono de burla é insulto decia que no se habia visto nunca llama mas luciente ni fuego mas claro; y solicitando la muchedumbre que en seguida se hiciera el repartimiento de tierras, para lo que los reyes interponian tambien su autoridad, Agesilao siempre entremetia otros negocios, y se aprovechaba de cualquiera pretexto para ganar tiempo, hasta que Agis tuvo que salir á campaña con motivo de pedir los Aqueos, que eran aliados, socorro á los Lacedemonios; pues no se dudaba que los de Etolia iban por las tierras de Megara á invadir el Peloponeso; y para impedirlo, Arato, General de los Aqueos, habia juntado tropas y escrito á los Eforos.

Habilitaron estos sin dilacion á Agis, engreido con la ambicion y entusiasmo de los que bajo él militaban; porque siendo en la mayor parte jóvenes y pobres, guarecidos ya con la inmunidad y soltura de sus deudas, y alentados con la esperanza de que se les repartirian las tierras cuando volvieran de la expedicion, se presentaron á Agis de un modo singular y admirable, y fueron para las ciudades un nunca visto espectáculo, marchando por el Peloponeso sin causar el menor daño, con la mayor apacibilidad, y casi puede decirse que sin hacer ruido: de manera que los Griegos estaban maravillados, y se decian unos á otros: ¿cuál seria el orden del ejército de Esparta cuando tenia por caudillo á Agesilao, ó á aquel Lisandro, ó á Leonidas el mayor, si ahora es tanto el respeto y miedo de los soldados á un

mozo, que casi es el mas jóven de todos! Además este mismo jóven, con no ostentar distincion ninguna en la sencillez, en la tolerancia del trabajo, en las armas ni en el vestido, se hacia digno de ser visto é imitado de la muchedumbre. Sin embargo á los ricos no les agradaba este nuevo porte, temiendo que pudiera ocasionar movimiento en los pueblos para tomarle en todas partes por ejemplo.

Reunido Agis con Arato cerca de Corinto á tiempo que este estaba meditando sobre la batalla y sobre el orden en que dispondria la formacion contra los enemigos, manifestó el mayor placer y una osadía no furiosa ni irreflexionada; porque dijo que él era de opinion de que se diera la batalla, y no se trasladara la guerra á la parte adentro de las puertas del Peloponeso; pero haria lo que Arato dispusiese, pues era de mas edad y mandaba á los Aqueos, á quienes él habia venido á prestar auxilio, y no á darles órdenes ni á ser su caudillo. Baton de Sinope dice que fue Agis el que no quiso pelear mandándosele Arato; pero se conoce que no habia visto lo que este escribió haciendo su apología sobre aquellas ocurrencias; y es que habia tenido por mejor dejar pasar á los enemigos, pues que ya casi nada les faltaba á los labradores por recoger de sus frutos, que arriesgarlo todo á la suerte de una batalla. Asi, luego que Arato resolvió no entrar en accion, despidió á los auxiliares colmándolos de elogios; y Agis, que se habia hecho admirar, ordenó la vuelta, porque las cosas de Esparta se hallaban ya sumamente alteradas y revueltas.

Agésilao durante su magistratura, libre ya de la carga que antes le oprimia, no se abstuvo de injusticia ninguna que pudiera producir dinero; llegando hasta el extremo de haber intercalado un mes sobre los doce del año, sin que fuese llegado el periodo ni lo permitiese la cuenta legítima de los tiempos, y

de haber exigido por él la contribucion. Mas temiendo á los que se hallaban ofendidos, y viéndose aborrecido de todos, asalarió guardias, y custodiado por ellos bajó al Senado. De los Reyes manifestaba que al uno lo despreciaba enteramente, y que á Agis lo tenia en alguna estimacion, mas que por ser Rey, por ser su pariente; y extendió tambien la voz de que iba otra vez á ser Eforo. Precipitose con esto el que sus enemigos se aventurasen á todo riesgo, y sublevándose trajeron de Tegea á Leonidas, y lo restituyeron al mando, viéndolo todos con el mayor placer; porque los habia irritado el que se les hubiese despojado de sus créditos, y el territorio no se hubiese repartido. A Agésilao su hijo Hipomedonte rogando á los ciudadanos, de quienes era bien quisto por su valor, pudo sacarlo fuera de la ciudad y salvarlo. De los Reyes, Agis se refugió al *Calcioco*, y Cleombroto se acogió al templo de Neptuno, y desde alli interponia ruegos, porque parecia que con este era con quien estaba peor Leonidas; y así es que dejando en paz por entonces á Agis, subió contra Cleombroto con una partida de soldados, acusándole con enojo sobre que siendo su yerno, se habia vuelto contra él, le habia arrebatado el reino, y lo habia arrojado de la patria.

Nada tuvo que responder Cleombroto, sino que faltó de disculpa se estuvo sentado callando; pero Queilonis, la hija de Leonidas, antes se puso al lado del padre mientras fue agraviado, y separándose de Cleombroto, que le usurpaba el reino, prestaba servicios á aquel en su desgracia, interponiendo ruegos á su lado mientras estuvo presente, y llorándole en su ausencia, siempre indignada contra Cleombroto. Mas ahora siguiendo las mudanzas de la suerte, se la vió hacer otras súplicas sentada al lado del marido, al que alargaba los brazos, teniendo sobre su regazo los hijos, uno á un lado, y otro á otro. En to-